

po podemos juzgar banales e ingenuas. Hoy, la presión social que ejerce la mujer en muy diversos frentes ha variado los términos en que su liberación se planteaba. Ya no son ni una escritora aislada, ni un grupo de alocadas sufragistas las que reivindican sus derechos: se lucha por ellos en todos los órdenes de la vida y comparten esta empresa hombres y mujeres, insertándola en el proceso histórico general.

**P**ORQUE al desarrollarse las ciencias sociales y descubrirse el papel histórico de las fuerzas económicas se ha llegado a saber, como ha dicho ceteramente la economista y sociólogo Carmen Nogués, que «la no participación de la mujer en el trabajo productivo ha sido la causa principal de la inferioridad que se le atribuye en el plano individual y en el colectivo. A partir del reconocimiento de este hecho el planteamiento de la liberación de la mujer se enlaza con el esquema general de la problemática social de nuestro tiempo».

EDUARDO G. RICO

## «el mundo social de "la celestina", de José Antonio Maravall

**E**N su libro "Las Comunidades de Castilla", publicado el pasado año, José Antonio Maravall nos ofreció un espléndido estudio tipológico de la guerra de las Comunidades, llamando la atención sobre su carácter revolucionario moderno. Ahora, con su obra "El mundo social de La Celestina" (Editorial Gredos, Madrid, 1964.), el profesor Maravall se encara con una de las más grandes obras maestras de nuestra literatura (como él mismo dice: la primera, si no existiera "El Quijote"), para, a través de su análisis sociológico, llegar a una interpretación de la época. El siglo XV y los comienzos del XVI constituyen un período histórico particularmente incitante. Es uno de esos grandes momentos de la Historia en que se produce un cambio total de valores —sociales, políticos, económicos, culturales, etc.—, y Maravall nos remite a él desde su doble condición de historiador e intelectual alerta de nuestros días (sin duda, hoy vivimos también uno de esos grandes momentos de transición).

Si en "Las Comunidades de Castilla", el autor —desde una moderna metodología historiográfica— estudiaba este fenómeno en todas sus relevantes significaciones, en "El mundo social de La Celestina" elige, como medio de conocimiento histórico-sociológico, una obra literaria —altamente representativa— que es, como muy bien nos muestra el autor, un gran fresco de la época, una expresión de sus estructuras. En efecto, los personajes, la problemática y la situación de "La Celestina" contienen implícitamente toda la gran crisis de valores del siglo XV (o para precisar un poco más: el derrumbe de los valores tradicionales medievales y la aparición e implantación de unos valores nuevos, de cuño burgués y renacentista). Esto, sobre poco más o menos, era sabido. Pero faltaba ese libro —claro, preciso, sistemático— que nos lo mostrara y demostrara palpablemente. No creo exagerar si digo que "El mundo social de La Celestina" es ese libro.

Maravall estudia la figura de Colixto y encuentra en él toda una serie de elementos que le confieren la categoría de personaje típico de una nueva clase social, cuya novedad decisiva es ésta: "que la base de su status no será la nobleza tradicional, con su rígido código de moral caballeresca, sino la riqueza". Estas "alteraciones sociales que provoca la constitución de la nueva clase ociosa de los ricos" —y a la que "responde fielmente el mundo de La Celestina"—, conlleva paralelamente otra importantísima alteración en las relaciones sociales: la total "desvinculación moral" del criado con respecto a su señor. Maravall deja muy claramente señalada la radical diferencia cualitativa que hay en las relaciones señor-criado a la manera medieval y las nuevas relaciones señor-criado que encontramos en la obra de Rojas.

Naturalmente, no se agotan aquí los múltiples temas de interés de este libro. Maravall investiga en el mundo de valores que condicionan la conducta de los personajes, en sus resortes de acción (el afán de lucro, el placer de la vida, el sentimiento de libertad, etc.) y en las especiales características de su situación, de su medio social (es muy importante, a este respecto, la consideración del autor sobre el carácter urbano del mundo celestinesco. Maravall insiste con gran agudeza en esta determinante fundamental de "La Celestina": su condición de "producto de la cultura urbana"; esto es, de la cultura burguesa, de la burguesía, pues fue ella la gran creadora del medio urbano —comercial, etc.— frente al medio rural, típicamente feudal).

Como digo, "El mundo social de La Celestina" es ese libro que, al tiempo que sitúa definitivamente esta obra en su contexto social e histórico, sirve primordialmente para, a través de ella, comprender las formas de vida de un momento español lleno de sugerencias e incitaciones. Un momento, como añadiría Maravall, "de interesante sentido europeo, como pueda serlo más tarde el siglo XVIII". Independientemente de su valor intrínseco —como investigación, como aportación historiográfica—, obras como ésta mueven a muchas reflexiones para una visión dialéctica de las relaciones del arte con la sociedad. El tema escapa a la obligada brevedad de este comentario, pero quede insinuado para el lector de este importante estudio de Maravall.

FERNANDO MOLINERO

## la arquitectura y la ciudad

**E**N estos días he tenido ocasión de leer en «Pueblos» una serie de artículos de mi amigo el arquitecto Roberto Puig sobre los problemas de Madrid como conjunto urbano. Dejando los problemas de Madrid como conjunto urbano. Dejando aparte las fundamentalísimas razones de Puig para su proyecto de un futuro Madrid más humano y más habitable (dejándolas aparte, pero no olvidándolas), lo que más me sorprendió es que en esos artículos el «proyecto» no se ofrece sin más como una solución, sino que se le ve nacer desde su raíz como un problema. Eso es, a mi modo de ver, lo que les da el vigor del pensamiento urbanístico. Y esto último es lo que tienen de sorprendentes; pues, ¿qué arquitecto, y no sólo en nuestros medios, piensa hoy verdaderamente «en urbanistas»?

En alguna de las tres luminosas conferencias que el gran crítico de arte italiano Giulio Carlo Argán nos ofreció aquí hace unos meses, al referirse a problemas arquitectónicos, dijo que a la primera edad de la arquitectura contemporánea —la edad de Gropius, de Le Corbusier y de Van der Rohe— ha sucedido una segunda, la actual, que, en contraposición a aquella, se caracteriza por pensar a la arquitectura cerrándose en el límite de cada una de sus propias obras, concibiendo a cada obra «en sí misma» y como sin conexión con ese conglomerado de mutuas interdependencias que es el conjunto urbano y la ciudad. De esa manera, cada edificio deja de ser arquitectura urbana para convertirse en algo como una escultura habitable, en una edificación cerrada y centrípeta, orgullosa de su propia insularidad y en su apariencia «insólita».

Eso es verdad, a pesar de que una serie de síntomas epidémicos podrían persuadirnos de lo contrario. En efecto, nunca antes se ha pensado el urbanismo de una manera más sistemática y más deliberada; nunca, como en nuestra época, ha llegado a constituirse el urbanismo en verdadera «ciencia». Y, sin embargo, no hay posibilidad de un pensamiento urbanístico fértil, porque el urbanismo actual nace de sus soluciones y no de sus problemas; porque, en el mejor de los casos, es un urbanismo «desde arriba».

Sería pueril que se nos ocurriera despachar el asunto formulando una acusación al gremio de los constructores porque hubiesen olvidado el deber de su dimensión urbanística. Porque, además, no lo han olvidado: ya he dicho antes que nunca ha habido mayor preocupación en ese sentido que en nuestro momento.

El problema tiene alcance universal y tiene la hora de nuestro tiempo, luego el problema es histórico. Y si el problema es histórico, no se trata ya de una simple «crisis de la arquitectura» sino de una «crisis histórica». ¿De qué se trata en realidad? Se trata de la decadencia de la ciudad.

Parecería poco congruente hablar de una decadencia de la ciudad precisamente en el tiempo en que las ciudades presentan la faz más esplendorosa que se pudo soñar. Ninguna Babilonia, ninguna Roma, ninguna Bizancio pudo ofrecer nunca el espectáculo de fantasmagoría multitudinaria que pueden darnos, hoy, Nueva York, Tokio o París. Pero nuestras ciudades son inmensas y descomunales. Inmensas quiero decir, porque les falta el sentido de su propia medida, de sus propios límites, de su propia magnitud. Y digo descomunales porque, precisamente, no tienen límites ni medidas, les falta el sentido de su vida en común. Es decir, son ciudades que se ignoran a sí mismas, que carecen de la idea de su adición, que no poseen la conciencia fundamental de su «ayuntamiento».

Es necesario recordar lo que era una ciudad medieval porque nosotros, para bien o para mal, llevamos ese recuerdo subconsciente ligado a nuestra propia textura de hombres históricos. Una ciudad era una agrupación de hombres libres, que habían elegido libremente, con todos sus riesgos, la condición de tales, y que se habían asociado —se habían «ayuntado»— para la empresa común de vivir al margen de la servidumbre y del señorío. La libertad era una condición de la comunidad y viceversa. De esa manera, la empresa de la ciudad era la empresa de todos los hombres y de cada hombre. Recuérdese lo que significaba, por ejemplo, la edificación de una catedral. Como todos, de una manera orgánica, participaban en ella, todos se sentían en ella partícipes y representados. Andando el tiempo, y frente a otros acaeceres históricos, ese tipo de hombre que se sentía libre gracias a la comunidad y comunitario gracias a su libertad, elaboró el concepto de ciudadanía. En realidad, el ciudadano es previo a la existencia de la ciudad. Una ciudad es, más que una agrupación de edificaciones, una agrupación de ciudadanos, de hombres civiles, en el más alto sentido de la palabra.

¿Qué ciudadano medio se siente hoy partícipe de la empresa constructiva de su ciudad? ¿En qué medida es consultado? ¿Dónde se siente orgánicamente representado? La ciudad, hoy, ha dejado de ser un ayuntamiento para convertirse en un amontonamiento. La decadencia de la ciudad es la decadencia de la ciudadanía. El urbanismo que tiene en cuenta datos constructivos, problemas constructivos, accesos, red viaria, etc., es un urbanismo desde arriba, se elabora con soluciones, no con problemas. El problema de reconstruir racionalmente a la ciudad estriba en reconstruir a la ciudadanía. Por tanto, básicamente, no es un problema constructivo, sino político. Lo cual no deja de ser también «arquitectura».

J. M. MORENO GALVAN